Cuanto más lejos... Discurso, sujeto y lazo social en tiempos de pandemia

Ximena Castro Sardi

A mediados de marzo de 2020, una gran mayoría de los habitantes del planeta se encontraba bajo la consigna del confinamiento. En menos de una semana asistimos a una serie de eventos que marcaron el inicio de nueva realidad: escuchamos la declaración del director de la OMS que indicaba cómo el coronavirus (COVID-19) pasaba de ser una epidemia a una pandemia, comenzamos a recibir diariamente en los medios cifras de contagiados, recuperados, hospitalizados, muertos, y quedamos petrificados con la imagen traumática de una fila de camiones del ejército transportando cadáveres en el próspero norte de Italia.

La pandemia como discurso

Quisiera comenzar mi reflexión deteniéndome en la configuración discursiva que se inicia con la declaración de pandemia por parte de Tedros Adhanom Ghebreyesus, director de la OMS, el 11 de marzo de 2020:

> La OMS ha evaluado este brote durante los últimos días y estamos profundamente preocupados, tanto por los niveles alarmantes de propagación y gravedad, como por los niveles alarmantes de inacción. Es por ello que hemos decidido decretar el estado de pandemia (Redacción Médica, 2020).

El pronunciamiento de estas palabras por parte de una autoridad supranacional, marca sin duda el inicio de una nueva realidad social en la que se constata la amenaza real de contagio de un virus mapeado por la ciencia y la urgente necesidad de tomar medidas para evitar su propagación. Como afirma el psicoanalista español, Gustavo Dessal (2020), "la infección es biológica, pero la pandemia es decididamente política […] Es un acontecimiento político que revela la idiosincrasia de las naciones, las prioridades que los estados establecen, y aquello en lo que los esfuerzos se concentran".

En Colombia, la inesperada conjunción mediatizada de enfermedad, muerte, cifras y decreto de pandemia, produjo como respuesta la declaración de una emergencia sanitaria y la imposición de medidas de distanciamiento social y confinamiento para detener la rápida propagación del nuevo virus que apenas un mes antes se consideraba un fenómeno asiático, exótico y lejano. De repente el bicho estaba cerca y era necesario encerrarse para protegerse. El otro, por fuera de nuestro hogar, había devenido una amenaza. Comenzó así para muchos una nueva cotidianeidad condicionada por rutinas y rituales obsesivos de higiene, la virtualización del trabajo, la educación y las relaciones sociales, y con esto último la

entrada masiva de las pantallas −y cámaras indiscretas− a la privacidad del hogar. El slogan publicitario, Quédate en casa, en letras rosadas y asociado a mensajes positivos, diseminado a través de todos los medios masivos nacionales y redes sociales, sustituía de modo eufemístico la pavorosa restricción a la libertad de movimiento. El encierro impuesto pasaba a tener un nuevo sentido asociado al disfrute de las actividades hogareñas, aunque no pasó mucho tiempo antes de que se viera el reverso de la armonía familiar: un aumento preocupante de las diferentes formas de violencia doméstica prendía las alarmas sobre los efectos del confinamiento en la salud mental.

La pandemia, entendida como hecho de discurso y acontecimiento político, no solo revela la verdad que se disimula, se negocia y se corrompe en los organismos locales, nacionales e internacionales, sino que destapa las enormes brechas e inequidades que determinan grados distintos de sufrimiento. Es así como las diferentes caras de la desigualdad estructural en Colombia se van mostrando con crudeza una tras otra: un video en una zona rural de la costa norte nos muestra cómo un joven hace acrobacias en un árbol para conseguir señal de internet y así recibir sus clases virtuales. El personal de la salud de la región Pacífica hace un llamado a las autoridades por la falta de recursos en sus hospitales para atender la crisis sanitaria. Las comunidades indígenas del Amazonas y de la Guajira están desprotegidas y son más vulnerables a los estragos del virus. La crisis social se muestra con toda su crudeza y la respuesta del estado parece insuficiente, cuando no es fallida. Además, los discursos oportunistas de la clase política no demoran en instalarse, capitalizando y lucrándose con la desgracia.

El virus como fenómeno biológico sigue las leyes naturales que podrán ser descifradas por la ciencia para inventar antivirales o vacunas eficientes. Contrariamente, la pandemia como hecho de discurso no sigue propiamente las leyes de la naturaleza, sino la lógica de los sujetos que habitan el lenguaje y la cultura; en términos psicoanalíticos, la pandemia plantea un “real sin ley”, el real “de la angustia, la esperanza, el amor, el odio, la locura y la debilidad mental. Todos estos afectos y pasiones estarán en el punto de encuentro de nuestra confrontación con el virus, ellos acompañan las pruebas científicas como su sombra” (Laurent, 2020). El pánico y la angustia ante la nueva amenaza, que además acentúa la segregación y el racismo, pero también la esperanza y la creencia que un mundo más armónico y sostenible vendrá como efecto de la pandemia, son tan contagiosos como el virus, pero de acuerdo con la nueva lógica de la psicología de las masas que caracteriza las redes sociales. Los afectos, los prejuicios y las creencias son también virales. ¿Cómo contrarrestar su propagación contagiosa? ¿Qué efectos tendrá esto en el lazo social y en la relación del sujeto con la verdad y el saber?

Proliferan las teorías conspirativas, los consejos profilácticos y las pautas para la vida saludable, las interpretaciones científicas, pseudocientíficas, espirituales. Asistimos a una sobredosis informativa y a un frenesí por sustituir rápidamente los espacios y encuentros perdidos a través de un activismo virtual

agotador. Algunos comentan sorprendidos que sienten más cansancio desde que trabajan remotamente desde sus casas a pesar de que ya no se desplazan en medio de las grandes urbes embotelladas; cansancio que devela una carrera absurda que muchos han emprendido para recuperar hasta lo irrecuperable, para no enfrentar lo imposible de recuperar. Lo anterior puede ser leído, desde el psicoanálisis, como un síntoma contemporáneo que da cuenta de la relación que los sujetos de hoy entretienen con la falta, con la pérdida, con la castración. Seguir adelante, sin parar, como si nada hubiera pasado, parece ser el mandato de muchos que continuaron el teletrabajo de modo acelerado, sin horarios, sin pausas y sin límites. Pero lo cierto es que hay una pérdida, que no todo es recuperable, a pesar de que muchos se instalen en una suerte de activismo negacionista frenético.

Sujeto, pérdida y sufrimiento

Las ciudades se ven vacías, así como todos aquellos lugares que alojaban antes multitudes y grupos. Este vaciamiento de plazas públicas, empresas, instituciones educativas, estadios, restaurantes, bares, teatros, salas de concierto, aeropuertos y terminales de transporte, es una suerte de metáfora de la ausencia que también nos constituye como seres hablantes y que con la pandemia se ha evidenciado con fuerza. Para muchos ha resultado insoportable encontrarse de frente con esa pérdida y de allí la agotadora carrera que han emprendido para colmar la falta. Cuando iniciábamos apenas el periodo de confinamiento conversábamos con algunos colegas acerca de los diferentes modos que tienen los sujetos de vérselas con la falta y tratábamos de nombrar aquello que se había perdido y que quizás no era fácilmente remplazable a través de los medios tecnológicos. El encuentro de los cuerpos, los lazos sociales presenciales, la libertad de movimiento. Proponía en esa conversación que era necesario poder situar y reconocer lo que se había perdido y darse un tiempo para un trabajo de duelo; parecía ser la condición necesaria para poder inventar nuevos modos de estar con los otros y de acercarnos. Negar la pérdida, por el contrario, abre el camino para que se instalen la nostalgia, la parálisis o el activismo ciego.

No queda duda que la pandemia ha conmovido los cimientos más íntimos de la subjetividad, y así como el virus afecta de formas diversas a los organismos, cada sujeto responde a la contingencia por fuera de cualquier protocolo estandarizado. Desde el inicio de la emergencia sanitaria, los profesionales de la salud mental han sido convocados a proponer categorías que puedan dar cuenta del malestar psíquico producido por la pandemia. ¿Cómo nombrar el sufrimiento subjetivo que esta situación inédita produce? ¿Hay una psicopatología de la pandemia?

Las categorías existentes se han puesto sobre la mesa: depresión, ansiedad, trastorno de estrés post-traumático; se han propuesto nuevas etiquetas como el "síndrome de la cabaña" para nombrar la angustia y el pánico que produce el des-confinamiento o el "burnout parental" para referirse al desgaste emocional de los

padres y las madres que han tenido que asumir todos los roles a la vez en el encierro. De un día para otro, la salud mental se posicionó en la agenda pública y se hizo un llamado desesperado a atender, escuchar y sanar el sufrimiento asociado al "aislamiento preventivo obligatorio". Las redes sociales se inundaron de ofertas terapéuticas y de consejos profilácticos de todo tipo. Todo esto necesario y legítimo. No es mi intención aquí cuestionarlo, sobretodo cuándo he participado activamente en el diseño de un dispositivo de atención telefónica en salud mental dirigido a las poblaciones más vulnerables.[1] Sin embargo, en cuanto al impacto que la pandemia tiene sobre la salud mental, me parece importante que nos demos el tiempo de comprender y extraigamos las enseñanzas de la experiencia subjetiva que se está escuchando en estas líneas de atención. Seguramente, en un futuro no tan lejano, llegaremos al momento de concluir sobre esta cuestión. Por lo pronto, continuamos escuchando a los sujetos, uno por uno, atentos a los modos singulares de manifestar su sufrimiento y de construir respuestas frente a este.

Lazo social: ¿lejos es mejor?

Retomando el interrogante acerca de los efectos de la pandemia en los lazos sociales, quisiera finalizar mi reflexión refiriéndome a un hecho discursivo que ha sido señalado ya por algunos psicoanalistas contemporáneos: el denominado "distanciamiento social" y su incidencia en la forma cómo se están configurando hoy en día las relaciones con los otros. Desde la perspectiva de la prevención y contención del contagio del virus, nadie pone en duda que el distanciamiento físico de los cuerpos es la medida más eficaz, llegando incluso a proponer un métrica de la distancia segura, aquella que evitaría la expansión del COVID-19. El propósito de los llamados "protocolos de bioseguridad", otro de los significantes que comandan hoy nuestra existencia cotidiana, es establecer y garantizar estas distancias, valiéndose de señaléticas inflexibles, calculando el número de personas que pueden estar en un área determinada sin acercarse demasiado.

La proximidad (física) con los otros es ahora el mayor riesgo; las barreras, los muros y las fronteras están a la orden del día. Conviene entonces preguntarse por los efectos de la consigna del distanciamiento en los lazos sociales. Es interesante constatar que en el contexto de la pandemia y de las medidas de contención se habla más de "distanciamiento social" que de "distanciamiento físico", siendo este último más preciso ya que se trata efectivamente de una distancia física que no necesariamente implica una distancia social. ¿Qué tan lejos, qué tan cerca? ¿Por qué ocurre este deslizamiento semántico de lo físico a lo social? Efectivamente, se trata de un nuevo dilema que hace eco a la referencia de Freud

[1] En respuesta al cierre de la sede del Consultorio de Atención Psicosocial (CAPsi) del Programa de Psicología de la Universidad Icesi, creamos "TeleCAPsi", una línea de atención telefónica en salud mental, contención en crisis y orientación a diversos servicios y rutas de asistencia social.
https://www.facebook.com/capsiuniversidadicesi/

(1920) a la parábola de los erizos de Schopenhauer, en su texto sobre las masas: "Consideremos el modo en que los seres humanos en general se comportan afectivamente entre sí. Según el famoso símil de Schopenhauer sobre los puercoespines que se congelaban, **ninguno soporta una aproximación demasiado íntima de los otros**".

¿No sería, entonces, el mal llamado "distanciamiento social" un nuevo nombre de la segregación y el racismo, hoy en día legitimados por el discurso sanitario hegemónico? En efecto, sería ingenuo interpretar como una mera coincidencia que el brote del virus haya venido acompañado, desde sus inicios, de múltiples brotes de racismo y discriminación. Tuvimos noticia primero de las manifestaciones racistas contra las comunidades asiáticas en Europa y Estados Unidos, señalándolos como los portadores e inventores del virus por sus "extrañas" costumbres alimenticias o maquiavélicas intenciones imperialistas. Poco tiempo después se exhibieron, sin ninguna vergüenza las odiosas expresiones de odio y agresiones contra los trabajadores de la salud; primero por estar potencialmente infectados, después ¡por no curar a TODOS los enfermos! También se multiplicaron los abusos de autoridad en varios países, particularmente por parte de la policía, que en nombre de la vigilancia y el control sanitario, daban rienda suelta al racismo estructural, sistemático y aniquilador.

Hablamos de racismo cuando el otro diferente, la alteridad, resulta amenazante y no encontramos sino el odio, el deseo de destrucción, la segregación, o todas a la vez, como forma de respuesta. Desde la perspectiva psicoanalítica, siguiendo a Miller (1987), se problematiza el concepto del Otro (con mayúscula), introduciendo la pregunta: ¿qué es lo que hace que el Otro sea realmente Otro? Cuando nos referimos al racismo, no se trata únicamente de la agresividad imaginaria que se dirige al prójimo; en el racismo se odia la manera particular en la que se imagina el goce del Otro. ¿Qué hace que el Otro sea Otro para que se le pueda odiar en su ser? Se odia especialmente la manera particular en que el Otro goza: el vecino que perturba porque festeja más que nosotros o porque cocina alimentos que huelen raro. Es el mismo vecino del mandamiento "Amarás al prójimo como a ti mismo", pero a condición de que esté lejos. Precisamente, es cuando el Otro se acerca demasiado, que surgen nuevos fantasmas que recaen sobre el exceso de goce del Otro: el Otro que disfruta más, que no trabaja, que tiene una mayor potencia sexual, que es perezoso, que es sucio, que está infectado, etc. La proximidad del otro es lo que funda el racismo y, desde el momento en que hay acercamiento, hay confrontación de modos de gozar incompatibles. Por esto siempre se ha planteado un modo de resolución de las cuestiones raciales a partir del llamado espacio vital, es decir, a partir de la segregación territorial y espacial. La verdadera intolerancia es la intolerancia al goce del Otro. Las diversas formas de goce no se reconocen, se consideran extrañas y cada forma de goce se piensa a sí misma como universal, más verdadera, más acorde; y el goce de lo Otro se convierte en una alteridad insoportable.

En el ejercicio de reflexión sobre el distanciamiento social, quise buscar la definición de diccionario del término segregación y encontré una que quisiera dejar plasmada aquí. El *Larousse* lo define así: “proceso por el cual **una distancia social es impuesta** a un grupo a causa de su raza, de su sexo, de su posición social o de su religión con relación a otros grupos de una colectividad”. Así mismo, me pareció oportuno encontrar la etimología de la palabra epidemia, que remite a “la llegada o la estancia en un país”; proviene de *epidemos* “el que reside en un país en calidad de extranjero”. ¿No resuena esto con las manifestaciones de racismo y xenofobia que vemos diariamente en las noticias?

Paradójicamente, para preservar la vida humana se ha vuelto legítima la imposición de una distancia frente a los otros, trazando fronteras e inventando barreras, con el fin de evitar la proximidad de los cuerpos, lo que no será sin consecuencias para el lazo social. Indudablemente, el distanciamiento social, una de las consignas que rige nuestra existencia en tiempos de pandemia, es el nuevo nombre eufemístico de la segregación. No obstante, es necesario también reconocer los diversos llamados a la fraternidad, la solidaridad, al acercamiento subjetivo y al rescate de los comunitarismos, que se enuncian desde múltiples sectores. Hoy más que nunca resuena la frase de Freud (1929) con la que concluye su disertación sobre la violencia y pulsión de muerte en El malestar en la cultura: “Y ahora cabe esperar que el otro de los dos «poderes celestiales», el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace?”

Referencias

Arroyo, J. (11 de marzo de 2020). Coronavirus: la OMS declara la pandemia a nivel mundial por Covid-19. Recuperado de https://www.redaccionmedica.com/secciones/sanidad-hoy/ coronavirus-pandemia-brote-de-covid-19-nivel-mundial-segun-oms-1895

Bassols, M. (21 de mayo de 2020). Distanciamiento social y acercamiento subjetivo. Seminario del Campo Freudiano de Valencia. [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/ watch?reload=9&v=MCs3DYTYjjY&feature=youtu.be

Dessal, G. (2020). La infección es biológica. La pandemia es política. ZADIG España. Recuperado de https://zadigespana. com/2020/04/09/coronavirus-la-infeccion-es-biologica-la-pandemia-es-politica/

Freud, S. (2004). Psicología de las masas y análisis del yo. En Obras Completas, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1929/2004). El malestar en la cultura. En Obras Completas, Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Laurent, E. (19 de marzo de 2020). L'Autre qui n'existe pas et ses comités scientifiques. Lacan Quotidien, (874). Recuperado de https://www.lacanquotidien.fr/blog/wp-content/ uploads/2020/03/LQ-874.pdf

Miller, J.-A. (1987). Extimidad. Buenos Aires: Paidós